

COLOQUIOS ENTRE JESÚS Y MÈRE THÈRÈSE EMMANUEL

DEBEMOS IMITAR A LA VIRGEN EN SU VIDA A PARTIR DE LA ASCENSIÓN HASTA LA ASUNCIÓN.

Coloquio de Mère Thérèse Emmanuel con Jesús. 19 de julio 1862.

Mère Thérèse Emmanuel tenía 55 años. En su coloquio con Jesús de este día, Jesús le dice que como Congregación debemos imitar lo que la Santísima Virgen fue desde la Ascensión, hasta su propia Asunción.

- Yo pensaba: "... ¿Y todos los otros misterios? Tu infancia, tu vida escondida, tu cruz...

¿No tendremos nosotras parte en ellos?"

Jesús le responde:

- "Hija mía, yo te he dicho que tu Congregación debía imitar por su parte esta vida de la Santísima Virgen ayudando a la Iglesia, formándome, alimentándome, protegiéndome en las almas. Pero antes de hacer eso, María había pasado por todos mis misterios en unión conmigo. Ella había vivido conmigo, yo estaba plenamente formado en ella.

Hace falta que tus hermanas se eleven uniéndose conmigo, en mis estados, en mis misterios, para formarme en ellas, con el fin de que ellas puedan después, como María, comunicarme a las almas en la vida activa."

QUIERO QUE EL CARÁCTER DISTINTIVO DE LA ASUNCIÓN SEA EL ESPÍRITU SOBRENATURAL, EL ESPÍRITU DE FE.

Coloquio del 13 de julio 1864.

Mère Thérèse Emmanuel tenía 57 años cuando escucha a Jesús decir

- “Quiero que el carácter distintivo (de la Congregación) sea el espíritu sobrenatural, el espíritu de fe, pues es el espíritu de fe el que hace ver las cosas a la luz de Dios. Y brotará de una gran fe, de una fe ardiente. Hay que afirmar siempre lo que es sobrenatural, más conforme a mi Evangelio, más pobre, de mayor confianza en Dios, más despojado de sí mismo, más apoyado en mí, más dedicado y sacrificado a mis intereses.

Yo las he escogido para que vayan y den fruto, y que su fruto permanezca. Esta obra que establezco debe tener un lado apostólico y debe dirigirla un espíritu apostólico como a los apóstoles. Ellos recurrieron a la oración, como cuando estaba con ellos durante mi vida mortal, como el medio frecuente que utilizaba para guiarlos y orientarlos en sus trabajos. Ya te he dicho que el Santísimo Sacramento expuesto en medio de ustedes, debe ser el centro donde tus hermanas recurrirán. La oración y la adoración serán su medio de comunicarse conmigo, de recibir mis luces para ser dirigidas en sus trabajos cerca de las almas. El Santísimo Sacramento es el misterio a través del cual se comunicarán en espíritu de fe.

Entre ustedes es la base que sostiene el espíritu sobrenatural. Es el Maestro a quien traen los trabajos activos, como los apóstoles volvían a Jesús cuando vivía en medio de ellos y como volvían a la oración después de su Ascensión.

Quiero que sean en la Iglesia lo que la Santísima Virgen fue después de mi Resurrección y mi ascensión hasta su Asunción, asistiendo a la Iglesia viviendo para Jesús en sus miembros, formándolo en ellos, sosteniéndolos, protegiéndolos.

La fe es una gran cosa. Cree lo invisible. Hace ver como Dios, hace ver a Dios”.

SER OTRA HUMANIDAD PARA MÍ. “HUMANITÉ DE SURCROÏT”

Coloquio del 2 de marzo de 1878

Mère Thérèse Emmanuel tenía 55 años. En su coloquio con Jesús de este día, Jesús le dice que como Congregación debemos imitar lo que la Santísima Virgen fue desde la Ascensión, hasta su propia Asunción.

- “Entrégate a mí, día tras día. Así llegarás a vivir en el sacrificio y, a medida que las cosas se presentarán, las abrazarás como mi dulce y humilde humanidad, llevada por mí a las cosas más dolorosas.

Tu camino es mi vida, lo sentirás cada vez más...

La parte que debes tomar en todo esto, es una parte del esposo. Tú desposas la condición de tu Esposo, tomas parte de mis responsabilidades, de mis cargas, las llevas conmigo.

Tu mundo son las almas. Su luz, su pureza; su fuerza, su fidelidad. Eso debe ocuparte. Procurárselos **a través de Jesús, en ti**. Esa es tu acción.

Esto supone sufrir conmigo, sufrir es el gran medio para mi gloria. Esto medio destruye los obstáculos para mi Gloria.

- Señor, te pido el celo de la mortificación.
- Depende de mi Espíritu. Renuncia absolutamente a toda satisfacción propia.

Humanité de surcroît

- Yo te llamo. No te disminuyas siendo tú, sino crece siendo Jesús. Mi gracia colmará todos los vacíos y mi amor crecerá en ti.

Y ahora, ¡a la obra!

- ¿A qué obra Señor?
- A la obra de mi vida, al sacrificio, a mi inmolación, para reparar la gloria de mi Padre, satisfacer su justicia.

Quiero ver esta obra realizada por ti, miembro mío, como por mí, tu jefe.

Quiero tu cooperación, tu consagración para eso, como mis miembros estaban consagrados y entraban por su parte en mi acción. Tú deseas realizar mis obras, primero hay que **ser Yo, para que todo parta de Mí.**

- Señor, para que eso sea así, ¿qué perfección hace falta? ¡Qué muerte a mí misma!
- Hace falta mi vida. La vida atrapa a la muerte como la luz atrapa las tinieblas. Por mí, solo ocúpate de eso y todo marchará. Cuenta conmigo, **para ser tú, no seas tú.** Créeme, todo marchará cuando estés determinada prácticamente a **ser solo Yo.** No excluyas nada y yo no reservaré nada.

LA CONSIGNA DE UNA ASUNCIONISTA: SOLO DIOS

20 de mayo 1865

- Piensa en el dolor de mi Madre y en mi dolor después de nuestro encuentro en el camino hacia el Calvario. Su corazón estaba conmigo, sufriendo y muriendo conmigo. Por este dolor, ella alcanzó para aquellos que sufren por sus seres cercanos queridos y sus amigos una gracia de sumisión a la voluntad de Dios que nunca aflige sino para salvar.

21 de mayo 1865:

- Es el dolor el que rescata y santifica. El que imprime mi semejanza, porque destruye en el alma aquello que se opone a mí y graba en ella mis rasgos como ninguna otra cosa puede hacerlo.

Año 1867:

- ¡Solo Dios! Es la consigna de una asuncionista. A esta grandeza, uno se eleva por la fe, la pureza y el desprendimiento de todo.

La Asunción, es una vida diferente a la vida natural. Es la vida de la gracia. Una asuncionista debe morir para vivir: la vida, es Jesús y para vivir de esta vida superior, divina, hay que morir a lo humano, a lo terrenal.

¿CUÁL SERÁ SEÑOR LA PALABRA DE NUESTRA ASUNCIÓN?

Coloquio de Mère Thérèse Emmanuel con Jesús. 20 de enero de 1868.

M. T. E. tenía 50 años, cuando le pregunta a Jesús en este coloquio del 20 de enero de 1868:

- ¿Cuál será Señor la palabra de nuestra Asunción?

Él le responde:

- Una palabra de alegría, de alegría divina, quien ve a Dios tiene la alegría y si ustedes quieren ser verdaderas asuncionistas, hace falta contemplar a Dios, elevándose por encima de todas las cosas de la tierra, despojándose como la nada, para entrar en la alegría del Señor, como lo hace mi Madre en este misterio de la Asunción.

Mi alegría consiste en todo aquello que complace a mi Padre, todo lo que lleva a las almas salvadas hacia la Eternidad, que Dios sea alabado, glorificado, servido, obedecido. Oh hija mía, que tu Congregación me dé esta alegría y que ella ponga en esto su alegría. Así cumplirá sus designios eternos, mis deseos y su misión. Yo la he tomado para mí, ella debe realizar mis obras como mi mano derecha con la cual ejecuto todo lo que yo quiero...

Quiero de ustedes la alegría divina, la alegría en las cosas de Dios, yo las identifico con mi Iglesia. Su espíritu será el espíritu de la Iglesia y se extenderá como el suyo, a todo aquello que conozca y ame a Dios. Nada de estrecho, de particular, de exclusivo, sino un espíritu universal, amplio como la verdad que ilumina a todo hombre que viene al mundo.

Camina a la luz de mi rostro que brilla sobre ti, consuélame y ríndeme por la vida que te doy, mil servicios y todo tu amor.

Hazme surcos amplios y profundos para recibir el grano que quiero sembrar: la santidad. El arado que abre el surco del alma, es la cruz. Dios quiere cosechar en cada surco. Cuando todos los otros surcos den cosecha, aquel que no la dé, faltará a la cosecha que Dios ha sembrado.

- Señor, ¿qué quieres de nosotras?
- El amor hacia mi persona. La Asunción debe ser mi guardia, como una guardia de honor adherida a la persona de un príncipe.

M. T. E. expresa después de este diálogo:

Yo me extrañé de esta misión guerrera que él parecía confiarnos. Yo había pensado en algo más íntimo, contemplando a Dios como la Santísima Virgen en este misterio de la Asunción. Él dice que esta misión de vigilancia convenía justamente a la Asunción que es un misterio de gloria y de triunfo, que nosotras, como una guardia honor llevando el signo de la victoria de Jesús – la Cruz – debíamos hacerla triunfar. Debíamos afirmar por todas partes su triunfo a través de una adhesión particular a su persona como hace un guardia de honor.

SÉ EMMANUEL. QUIERO VIVIR EN TI MI PROPIA VIDA. MI PROPIA VIDA PARA LOS HOMBRES.

Coloquio en Navidad 1942. Mère Thérèse Emmanuel tenía 25 años..

Al recibir la hostia, tuve una impresión indescriptible, como de Jesús naciendo en mi alma. Toda mi naturaleza entró en un asombro apacible, sufriendo los efectos de esta maravilla: el Verbo de Dios descendiendo en mí para unirse realmente a mí por la gracia, como se unió a la Santa Humanidad por la persona... Sentía que entraba en mí como un vencedor queriendo llegar a ser la persona de mi vida y que mi humanidad se entregara totalmente a sus designios. Se trataba de reproducir en mí la vida de Cristo, de entregarme a sus misterios.

Pensando en las acciones de mi vida, sentí con profundo respeto, que de ahora en adelante, éstas serían animadas por el Verbo Encarnado. No debía alejarme en nada de la Regla, llevando esta maravilla interior en un silencio y una paz extrema, estando para todos y en todas las cosas de una manera nueva.

Estas palabras me fueron dichas:

- “Sé Emmanuel. No seas más lo que has sido. Soy yo quien te ha llamado Emmanuel; te he llamado con mi propio nombre, porque quiero ser en ti, no quiero que sigas viviendo de tu propia vida, sino que sea yo quien viva en ti... Yo te he predestinado a eso.”

La criatura debía morir para hacer lugar a Jesucristo (es una especie de lucha oscura entre Jesucristo que se apropia mi ser para usarlo según sus fines y yo que quiero permanecer siendo dueña de mi ser).

“Estoy muerta y mi vida está escondida con Cristo, en Dios”. Más aún, “Vivo, pero no yo, es Cristo quien vive en mí”.

Esta vida del Verbo en el alma cristiana es una de las consecuencias divinas del misterio de la Encarnación. Ahí se encuentra el sello de toda santidad, la ley que rige la unión del alma con Dios.

De la misma manera que la humanidad no entra en comunicación con la naturaleza divina y no es elevada a la gloria de subsistir en la persona misma del Verbo sin estar desprovista de su propia personalidad; así pasa en el misterio de la santificación: sin perder su personalidad, por una donación completa de sí mismo a Dios, el yo humano del cristiano desaparece ante las invasiones victoriosas de la vida del Verbo.

La santa humanidad vivía en total dependencia del Verbo. Las cosas ordinarias realizadas por Jesucristo no lo fueron más así, por la altura y la santidad de las disposiciones de la Santa Humanidad unida al Verbo que las hacía: éstas eran divinizadas.

Para mí, las cosas no son lo que parecen; debo considerarlas desde una fe pura identificadas con Dios, porque fueron hechas en dependencia del Verbo:

Si Jesucristo estuviera ahora en la tierra, volvería a vivir la vida que llevó y tuviera la misma voluntad sobre la humanidad a la que se uniría personalmente.

Él no se encarna de nuevo, pero se une a mi alma a través de una unión realizada por gracia y quiere tener sobre ella los mismos derechos y poderes que ejerció sobre la Santa Humanidad.

Mi alma, sintiéndose cogida por este designio, se desprende siempre cada vez más de otras influencias, para ser tomada únicamente por éste.

- “Tu vida ya no es tu vida, me dice Jesús en el fondo de mi alma, es la vida del Cordero ante las creaturas, es dulzura ante Dios, inmolación; y en ti misma, el silencio.”

El fin de las almas es retornar a Dios.

(Jesús quiere tomarla, asumirla para hacer de ella una nueva humanidad en la que él continuará su obra, sus actitudes de Redentor).

Jesús me dice:

- “Deja todo, yo te tomo, quiero ser en ti todas las cosas”. Entrégate a mí, quiero actuar en ti. Quiero despojarte de muchas cosas que obstaculizan tu unión conmigo. Te quiero solitaria como el alma que sale de esta vida, contentarte solo conmigo, reducirte a mí. Quiero vivir en ti mi propia vida, mi propia vida para los hombres.”
- “Como hija de la Asunción, tu parte es Jesús, Jesús en tu vida y para vivir de Jesús, quiero hacerte gustar a Jesús por todas partes, hacer que dejes todas las cosas por Jesús y seas Jesús para todos.”

LA VOCACIÓN DE UNA RELIGIOSA DE LA ASUNCIÓN

Coloquio del 7 de marzo 1864, a sus 56 años.

- “Hija mía, quiero que la Asunción me conozca y se gloríe de este conocimiento como me glorifica extendiéndolo.

¿Qué es lo que glorifica mi santa humanidad, asumida por el Verbo? Es la unión estrecha conmigo, la verdad, el Verbo.

¿Qué es lo que glorifica a tu divina Madre en su Asunción? Su entrada total en la luz eterna, asumida en la Gloria toda entera, en cuerpo y alma, por gracia.

La vocación de una Asuncionista, es ser tomada por mí estrechamente y unida a mi Persona por una gracia que imita mi Encarnación y que se hace con mi verdad. **Sé Jesús siempre en todas las cosas.** Eso alejará tu yo imperfecto con sus puntos de vista y sus preocupaciones propias. Jesús nunca está solo. Está siempre con su Padre. Nunca busca lo propio, sino lo que es de su Padre. ¿Qué es esta persona, qué hacía? La nada, ante el ser. En la verdad en la que se mantenía, no tenía nada más que lo que el Verbo y el Padre le daban y, rendía gloria y gracia por toda doctrina, obras, poder y santidad. Sé plenamente **mía en la verdad y ayuda a las otras a serlo.**”

